

cuenta, aun visto de día, que el encanto nocturno de Toledo no puede ser captado con el simple paseo por el centro de la ciudad, mientras se le habla de precios o de temas de actualidad y se sorprenderá ante una torre mudéjar oculta en la distancia con toda la magnificencia de los siglos pasados, a la que no puede dedicarse más que una mirada, porque el tiempo le apremia con su horario inflexible, y se irán con la sospecha de lo que no han visto, sin comprender que es imaginable la emoción sentida ante el silencio de sus calles ocultas, el tintineo lejano de las campanitas de sus muchos conventos, el color de su cielo distinto, según las horas del día, y la luz de sus calles, filtrada a través de los

huecos estrechos que dejan sus tejados, tan cercanos que parecen besearse. Y puede que hayan visto el Tajo, desde un coche que rápido les lleva hacia otros lugares; pero no oirán el susurro de sus aguas al abrirse paso entre las rocas que parecen querer estrangularle; y no verán los puentes mirándose en su corriente...

Han estado en Toledo, pero lo desconocen como el libro leído con prisa y saltando sus páginas. Por eso nosotros querríamos decirle: no lo cierres aún; detente y vuelve para perderte por sus calles solitarias que invitan a la meditación; haz un alto en las plazas y comprenderás al poeta, que en las noches de luna recita sus versos; son distintas y úni-

cas, allí, en las Capuchinas, en Santo Domingo o en Santa Leocadia, sentirás el encanto de revivir la historia y el arte de siglos, para ti guardados, y comprenderás que Cossío pudiera decir maravillosamente: «Y cada piedra es una voz que habla al espíritu», y empezarás a sentirte toledano y necesitarás conocerlo en sus fiestas, y volverás en Corpus o en Semana Santa, o cuando necesites paz, porque en el silencio de sus calles podrás sentirte más cerca de Dios y comprenderás por qué la historia, la ciencia y el arte eligen para el recreo del espíritu a Toledo, toda ella museo, «peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades», según frase de Cervantes.

JENARO RUIZ BALLESTEROS

TRES LIBROS DE POESIA

La colección «La nube y el ciprés», de la Serie «Gallo», de Granada, publicó hace un año *Hombre caído*, de José Carlos Gallardo. Se trata de una situación de enfermedad, afortunadamente superada, que motivó en el autor esta derivación lírica hacia el mundo que rodea al ser que sufre. Todo dolor es una prueba para la sensibilidad del poeta. Y José Carlos Gallardo, agudísimo para percibir el sufrimiento, escribe:

«Un hombre en una cama
tiene los brazos fuera de la vida.
Oye audaz las palabras. Oye, a veces,
el frío pensamiento de los médicos».

Poesía de acendrada resignación, sin angustia ni pesimismo; siente el sufrimiento ajeno con más caridad que el propio:

«Pero ya —siete y media de este día—
has hecho que la luz tenga más ángeles,
que las cosas pequeñas tengan aún
más amor y también más lejanía».

Distribuída la colección de estos poemas del dolor en dos partes, reserva para la segunda trece sonetos, en los que brilla un cristiano agradecimiento para Aquel que le devolvió la salud:

«Conoceré tu paso en los cristales
o en el verde crecido de las hojas.
.....
Desde entonces iré, Señor, a verte
soltando por los ojos mis palomas
para que puedan ellas conocerte».

Voz de auténtica poesía la de José Carlos Gallardo, que derrama su dolor en versos perfectos.

Mario Angel Marrodán, termina de publicar «Carne de angustia, y lo hemos leído a continuación del anterior. Con análoga situación se diluye en este libro, dedicado al dolor moral, el alma transparente y atormentada del autor.

Las magníficas citas de Kierkegaard, Human Kind, T. S. Eliot y Calderón de la Barca, prueban sus afinidades con temas transcendentales. De acuerdo con sus motivos eligió el poeta versos libres, largos, filosóficos, con predominio de idea y fondo sobre la forma. Es de una admirable variedad dentro de un paisaje de silenciosa angustia.

Como contraste, leemos ahora «Primavera Austral» (núm. 4 de la Colección URIEL), donde se publican veinticinco deliciosos sonetos del P. Guillermo de la Cruz Coronado, C. M. F.

Los bosques y los apacibles paisajes brasileños mueven esta pluma privilegiada que llega a la perfección máxima del soneto; sirvan de ejemplo frases como

«Sol vespéral; alzado el vuelo de oro,
mana una sombra azul cada costado».

O aquella expresiva descripción del eucalipto doble:

«No subes tú, pero te sobra anhelo
de espacio, y lo repartes; de tu prisa
arranca el corazón con que la brisa
aletea en tu copa y coge vuelo».

AYER Y HOY se honra al consignar el nombre de estos poetas, José Carlos Gallardo, Mario Angel Marrodán y Guillermo de la Cruz Coronado.

C. P.